

serie
Los siete mares

12 años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Horacio Quiroga
**La serpiente de cascabel
y otros relatos**

Ilustrado por David Dávila





La serpiente de cascabel
y otros relatos

© Horacio Quiroga
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (58-0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Edición al cuidado de
Katherine Castrillo

Ilustración
© David Dávila

Corrección
Erika Palomino
Vanessa Chapman

Diagramación
David Dávila

Impresión: 2014
Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002220
ISBN: 978-980-14-3290-6

Presentación

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo, y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos, y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y toda historial real o fantástica de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

Horacio Quiroga

La serpiente de cascabel
y otros relatos

Ilustrado por David Dávila

Nota editorial

En la obra *Los desterrados y otros textos: antología 1907-1937*, se menciona que Quiroga ejerció una severa crítica sobre su obra, tanto al revisar sus cuentos como al seleccionarlos y armar los libros. De aquellas selecciones, Rodríguez Monegal opinó que "hubiera sido más acertado (de parte de Quiroga) recoger entonces en el volumen (*Más allá*) sus historias de animales posteriores a los *Cuentos de la selva*". Los relatos no seleccionados por Quiroga, ya sea por escrupulosa selección o por aparecer posteriormente en el ámbito de las revistas y otras publicaciones periódicas, son sin duda de lectura elemental para adentrarse en el complejo universo de este autor.

En 1967, la editorial uruguaya Arca publicó *Obras inéditas y desconocidas*, en las que se recogieron –en el tomo III, *De la vida de nuestros animales*– varios de los escritos que Quiroga publicó, entre 1924 y 1925, en revistas y periódicos entre los cuales resaltaban, junto a sus cuentos, la crítica cinematográfica y literaria, biografías de exploradores y varios escritos sobre sus impresiones

acerca de la vida en Misiones, así como comentarios acerca del arte narrativo. De aquella selección de Arca, Ángel Rama, quien fue director literario de la Biblioteca Ayacucho, escogió varios relatos, y junto con otros que integraron *Suelo natal*, realizó una compilación titulada *Los cuentos de mis hijos* (Madrid, Santillana/Alfaguara, 1988). De la selección de Rama, aquí se encontrarán algunos de esos cuentos, relatos todos ambientados en la selva, cuyo tema principal es la caza del animal por el hombre y del hombre por el animal.

La pasión de este escritor uruguayo por la vida en el monte, los animales, la eterna persecución de ese otro que es presa y cazador está representada en estas historias. Sirva, pues, esta compilación del maestro del cuento latinoamericano para que acompañen en el camino pantanoso y nunca seguro de la selva a los jóvenes lectores.

Cacería del yacaré

Chiquitos:

Los dos perros de caza que yo tenía no existen más. Uno lo perdí hace ya una semana en un combate con una víbora de la cruz; el otro fue triturado ayer por un inmenso yacaré.

¡Y qué perros eran, chiquitos míos! ¡Ustedes no hubieran dado cinco centavos por ellos: tan flacos y llenos de cicatrices estaban! Mis pobres perros no se parecían a esos lanudos perros grises de policía que ustedes ven allí, juguetones y reventando de grasa, ni a esos leonados perros ovejeros, que peinan con el pelo partido al medio. Los míos eran perros de monte, sin familia conocida, ni padres muchas veces conocidos tampoco. Pero



como perros de caza, bravos, resistentes y tenaces para correr, no tenían iguales.

Fíjense bien en esto: el instinto de cazar en los animales, y el perro entre ellos, es una cuestión de hambre. Cuanta más hambre tienen más se les aguza el olfato, y mayor es su tenacidad para perseguir a su presa. Un perro gordo, con el vientre bien hinchado, prefiere dormir la siesta en un felpudo a correr horas enteras tras un tigre.

Los animales, como los hombres, hijos míos, son más activos cuando tienen hambre.

Bueno. Perdí mis perros, y si no pude vengar el primero, pues era de noche y estábamos en un pajonal, tuve en cambio el gusto de crucificar –como ustedes lo oyen– al yacaré que me devoró el segundo.

La historia pasó de este modo:

Ayer, al entrar el sol, estaba acampado a la orilla del río Bermejo, en el territorio del Chaco, cuando vi pasar, muy alto, una bandada de garzas blancas. Las seguí con la vista, pensando en el gusto con que habría bajado de un tiro dos

o tres, para enviarles las largas plumas del lomo, o *aigrettes*, como las llaman en las casas de modas.

Contra todo lo que esperaba de ellas, las vi abatir el vuelo sobre una pequeña laguna que dista un kilómetro de mi carpa. Cogí la escopeta, silbé a mi perro y nos lanzamos en persecución de las garzas. Estas bellísimas y ariscas aves se reúnen para dormir al caer la noche; y tomando precauciones, yo podía acercarme hasta tenerlas a tiro. Avancé, pues, lentamente y doblado entre el pasto hasta tocar con las rodillas el pecho, y sujetando al perro del collar.

Pero, fuera que una culebra lo hubiera mordido, o le hubiera hincado una semilla de enredadera del campo y aguda como un puñal, llamada uña de gato, el perro lanzó un grito cuando estábamos todavía a ochenta metros de la laguna. Las garzas alzaron el vuelo con gran ruido, y apenas tuve tiempo de echarme la escopeta a la cara y descargar sobre ellas los dos cañones de la escopeta.

A pesar de la distancia, una garza cayó al agua. Mi perro se lanzó como una flecha, y cuando yo, que lo seguía corriendo, llegué a la laguna, ya el perro nadaba en dirección a la

garza, que solo estaba herida y se agitaba golpeando con sus alas el agua, como una tabla.

Ya estaba el perro a diez metros de ella; ya la iba a alcanzar... cuando bruscamente lanzó un aullido y se hundió, chiquitos míos, como si lo hubieran tirado hacia abajo con fuerza incalculable. Solo quedaba en la superficie de la laguna la garza golpeando siempre el agua, y, un poco más lejos, un borbollón de agua y burbujas de aire. Nada más.

¿Qué había pasado? ¿Qué fuerza era aquella para absorber instantáneamente a mi perro?

Durante un largo rato, chiquitos míos, quedé como atontado, mirando obstinadamente el sitio en que se había hundido mi pobre compañero. Yo sospechaba, estaba casi seguro de conocer el secreto de esa misteriosa laguna. Por eso, cuando al punto de cerrar la noche vi de pronto aparecer en la superficie tranquila tres puntitos negros que se mantenían inmóviles, cargué sin hacer el menor ruido el cañón derecho de la escopeta con una bala explosiva, y tomando cuidadosamente de mira el centro de los tres puntitos, hice fuego.

¡Qué brincos, chiquitos! ¡Qué sacudidas en el agua! El agua se removía en frenéticos remolinos y saltaba al aire, como si la batieran diez hélices. Y la cola del yacaré –porque era un enorme yacaré a quien había tirado– golpeaba un lado y otro con tremendo estrépito.

¡Sí, chiquitos! Aquellos puntitos negros eran cuanto se ve de un yacaré, caimán o cocodrilo, cuando acecha en la superficie del agua. Y solo se ven tres puntos del enorme cuerpo: los ojos, casi juntos, y un poco más lejos la extremidad de la nariz. Seguramente ese yacaré esperaba una presa cuando mi perro se echó a nado en la laguna. Y sumergiéndose entonces, nadó bajo el agua hasta alcanzarlo, abrió sus fauces sobre el vientre de mi perro... ¡y lo partió por el medio!

Lo abandonó seguramente en el fondo a que se pudriera para comerlo, y subió a la superficie a buscar otra presa... Por desgracia, yo había errado el tiro. Sus tremendas sacudidas eran solo de furor, pues de haberlo tocado con la bala explosiva, la mitad de su cabeza habría saltado en pedazos por la explosión.

¿Qué podía hacer entonces, hijitos míos? La noche caía, y yo continuaba ardiendo de deseos de vengar la atroz muerte de mi pobre compañero. No habiendo podido matarlo en libertad, decidí cazarlo con trampa. Y he aquí lo hice:

Fui hasta la carpa y regresé a la laguna con un lazo, un pulmón de oso hormiguero que había matado la noche anterior, y un largo trozo de alambre. Saqué luego punta por los dos extremos a un corto palo de quince centímetros –que me serviría de anzuelo– lo sujeté bien al alambre, añadí el lazo al alambre, até el pulmón del oso alrededor del anzuelo y, ¡zas!, todo al agua.

¿Saben ustedes por qué empleé de cebo el pulmón, o bofe como lo llaman en el campo? Porque el pulmón contiene mucho aire y boya. Y los yacarés andan siempre con sus ojitos a ras del agua, buscando qué comer.

Nada más me quedaba por hacer, fuera de atar a un árbol el extremo del lazo, e irme al campamento a dormir.

Pero apenas comenzaba a aclarar al día siguiente, fui hasta una toltería de indios mansos que habían corrido conmigo un tigre negro la semana anterior:

—Che, amigo –dije al cacique, hablando como ellos–, préstame un caballo hasta mediodía.

—Y vos, ¿qué me vas a dar en cambio? –me respondió el cacique.

—Te voy a dar diez balas de Winchester, una linterna eléctrica y cuatro estampillas. (Para los indios una estampilla vale tanto como para nosotros un cuadro).

—Y una caja de fósforos –agregó el indio.

—Convenido.

—Y veinte centavos –agregó todavía.

—¡Muy bien! –concluí yo–. Aquí están todas esas cosas ¡venga ahora el caballo... y hasta luego!

Partí al galope en dirección a la laguna. Allí, tal como lo había dejado la tarde anterior, estaba el lazo atado al árbol. Pero el anzuelo había desaparecido de la superficie. Tiré apenas del lazo, y el lazo cedió.

Pero yo conocía las costumbres de los cocodrilos. Y me eché a sonreír, despacio también, mientras ataba con sumo cuidado el lazo a la cincha del caballo.

Y entonces, chiquitos, afirmándome bien en los estribos, comencé a alejarme de la orilla, en tanto que el lazo corría de un lado al otro en el agua, por las sacudidas del yacaré.

Pero cuando la enorme bestia asomó por fin su monstruosa cabeza negra, hizo pie en la orilla y afirmó sus patas en las barrancas, ¡oh, entonces, chiquitos, el caballo se estiró, sin poder arrancar a la fiera de la orilla! Y el lazo, tirante como un cable de metal, se puso entonces a sonar como una bordona de guitarra.

Durante un minuto entero (hay que darse cuenta de lo largo que es un minuto), el caballo cinchó y cinchó con todas sus fuerzas, y el tremendo yacaré, con el palo de dos puntas clavado en el fondo de la garganta, no cedía un centímetro de terreno. Y el lazo sonaba y gemía, de tirante que estaba.

¡Así un minuto entero! Por fin solté las riendas, crucé el vientre del caballo a dos rebenques, a tiempo que le hundía las espuelas en los ijares y lanzaba un estridente grito.

El caballo, enloquecido de dolor, dio un tremendo arranque... ¡y avanzó un paso! ¡Y otro más! ¡Y otro! Ya estaba vencido el monstruo. ¡Ya había aflojado! Desde ese

instante, el caballo se lanzó a la disparada, llevando a la ras- tra al yacaré, que iba dando tumbos por el campo desierto.

Poco más queda ya por decir, chiquitos. Al cabo de me- dia legua, descendí del caballo. El monstruo estaba *groggy*¹, de porrazos, y lo concluí de un tiro en el oído.

Ahora está estaqueado en cruz para mandarles la piel. Mide cinco metros bien contados, siendo uno de los grandes yacarés que hayan visto los mismos indios.

Acabo de devolver el caballo al cacique. Y para que que- de más contento, le he regalado también un encendedor de yesca, un poncho colorado y una docena de bolitas.

¹ Atontado.

Publicado con el título: "El hombre frente a las fieras. Cacería del yacaré",
en *Billiken*, Buenos Aires, febrero 25, 1924. Con un dibujo de grandes
dimensiones firmado por Marchisio.





El lobisón

Una noche en que no teníamos sueño, salimos afuera y nos sentamos. El triste silencio del campo plateado por la luna se hizo al fin tan cargante que dejamos de hablar, mirando vagamente a todos lados. De pronto Elisa volvió la cabeza.

—¿Tiene miedo? —le preguntamos.

—¡Miedo! ¿De qué?

—¡Tendría que ver! —se rió Casacuberta—. A menos...

Esta vez todos sentimos ruido. Dingo, uno de los perros que dormían, se había levantado sobre las patas delanteras, con un gruñido sordo. Miraba inmóvil, las orejas paradas.

—Es en el ombú —dijo el dueño de casa, siguiendo la mirada del animal. La sombra negra del árbol, a treinta metros, nos impedía ver nada. Dingo se tranquilizó.

—Estos animales son locos —replicó Casacuberta—, tienen particular odio a las sombras...

Por segunda vez el gruñido sonó, pero entonces fue doble. Los perros se levantaron de un salto, tendieron el hocico y se lanzaron hacia el ombú, con pequeños gemidos de premura y esperanza. En seguida sentimos las sacudidas de la lucha. Las muchachas dieron un grito, las polleras en la mano, prontas para correr.

—Debe ser un zorro. ¡Por favor, no es nada! ¡Toca, toca! —animó Casacuberta a sus perros. Y conmigo y Vivas corrió al campo de batalla. Al llegar, un animal salió a escape, seguido de los perros.

—¡Es un chancho de casa! —gritó aquel riéndose.

Yo también me reí. Pero Vivas sacó rápidamente el revólver, y cuando el animal pasó delante suyo, lo mató de un tiro. Con razón, esta vez, los gritos femeninos fueron tales que tuvimos necesidad de gritar a nuestro turno explicándoles lo que había pasado. En el primer momento Vivas se disculpó calurosamente con Casacuberta, muy contrariado por no haberse podido dominar. Cuando el grupo se rehizo, ávido de curiosidad, nos contó lo que sigue. Como no recuerdo las palabras justas, la forma es indudablemente algo distinta.

—Ante todo —comenzó— confieso que desde el primer gruñido de Dingo preví lo que iba a pasar. No dije nada, porque era una idea estúpida. Por eso cuando lo vi salir corriendo, una coincidencia terrible me tentó y no fui dueño de mí. He aquí el motivo.

Pasé, hace tiempo, marzo y abril en una estancia del Uruguay, al norte. Mis correrías por el monte familiarizáronme con algunos peones, no obstante la obligada prevención a mi facha urbana. Supe así un día que uno de los peones, alto, amarillo y flaco, era lobisón. Ustedes tal vez no lo sepan: en el Uruguay se llama así a un individuo que de noche se transforma en perro o cualquier bestia terrible, con ideas de muerte.

De vuelta a la estancia fui al encuentro de Gabino, el peón aludido. Le hice el cuento y se rio. Comentamos con mil bromas el cargo que pesaba sobre él. Me pareció bastante más inteligente que sus compañeros. Desde entonces estos desconfiaron de mi inocente temeridad. Uno de ellos me lo hizo notar, con su sonrisita compasiva de campero:

—Tenga cuidao, patrón...

Durante varios días lo fastidié con bromas al terrible huésped que tenían. Gabino se reía cuando lo saludaba de lejos con algún gesto demostrativo.

En la estancia, situado exactamente como este, había un ombú. Una noche me despertó la atroz gritería de los perros. Miré desde la puerta y los sentí en la sombra del árbol destrozando rabiosamente a un enemigo común. Fui y no hallé nada. Los perros volvieron con el pelo erizado.

Al día siguiente los peones confirmaron mis recuerdos de muchacho: cuando los perros pelean a alguna cosa en el aire es porque el lobisón invisible está allí.

Bromeé con Gabino.

—¡Cuidado! Si los bull-terriers lo pescan, no va a ser nada agradable.

—¡Cierto! —me respondió en igual tono—. Voy a tener que fijarme.

El tímido sujeto me había cobrado cariño, sin enojarse remotamente por mis zonceras. Él mismo a veces abordaba el tema para oírme hablar y reírse hasta las lágrimas.

Un mes después me invitó a su casamiento; la novia vivía en el puesto de la estancia lindera. Aunque no ignoraban allá la fama de Gabino, no creían, sobre todo ella.

—No cree —me dijo maliciosamente. Ya lejos, volvió la cabeza y se rio conmigo.

El día indicado marché; ningún peón quiso ir. Tuve en el puesto el inesperado encuentro de los dueños de la estancia, o mejor dicho, de la madre y sus dos hijas, a quienes conocía. Como el padre de la novia era hombre de toda confianza, habían decidido ir, divirtiéndose con la escapatoria. Les conté la terrible aventura que corría la novia con tal marido.

—¡Verdad! ¡La va a comer, mamá! ¡La va a comer! —rompieron las muchachas.

—¡Qué lindo! ¡Va a pelear con los perros! ¡Los va a comer a todos! —palmoteaban alegremente. En ese tono ya, proseguimos forzando la broma hasta tal punto que, cuando los novios se retiraron del baile, nos quedamos en silencio, esperando. Fui a decir algo, pero las muchachas se llevaron el dedo a la boca. Y de pronto un alarido de terror salió del

fondo del patio. Las muchachas lanzaron un grito, mirándome espantadas. Los peones oyeron también y la guitarra cesó. Sentí una llamarada de locura, como una fatalidad que hubiera estado jugando conmigo mucho tiempo. Otro alarido de terror llegó, y el pelo se me erizó hasta la raíz. Dije no sé qué a las mujeres despavoridas y me precipité locamente. Los peones corrían ya. Otro grito de agonía nos sacudió, e hicimos saltar la puerta de un empujón: sobre el catre, a los pies de la pobre muchacha desmayada, un chanco enorme gruñía. Al vernos saltó al suelo, firme en las patas, con el pelo erizado y los belfos retraídos. Miró rápidamente a todos y al fin fijó los ojos en mí con una expresión de profunda rabia y rencor. Durante cinco segundos me quemó con su odio. Precipitose en seguida sobre el grupo, disparando al campo. Los perros lo siguieron mucho tiempo. Este es el episodio; claro es que ante todo está la hipótesis de que Gabino hubiera salido por cualquier motivo, entrando en su lugar el chanco. Es posible. Pero les aseguro que la cosa fue fuerte, sobre todo con la desaparición para siempre de Gabino.

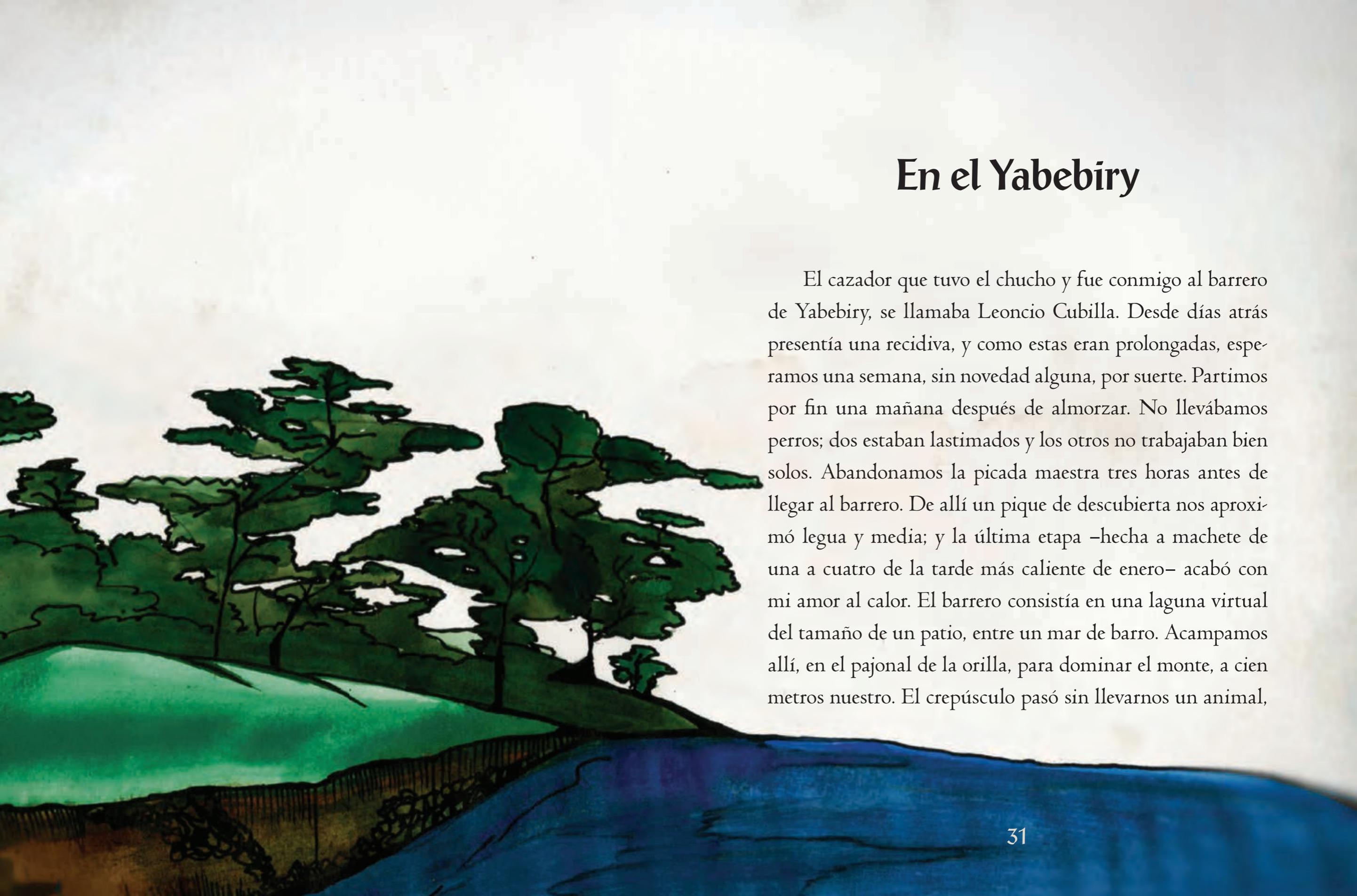
Este recuerdo me turbó por completo hace un rato, sobre todo por una coincidencia ridícula que ustedes habrán notado: a pesar de las terribles mordidas de los perros –y contra toda su costumbre– el animal de esta noche no gruñó ni gritó una sola vez.

Publicado en *Caras y caretas*,

Buenos Aires, año IX, n.º 406, julio 14, 1906.

Con un dibujo de Giménez.





En el Yabebiry

El cazador que tuvo el chucho y fue conmigo al barrero de Yabebiry, se llamaba Leoncio Cubilla. Desde días atrás presentía una recidiva, y como estas eran prolongadas, esperamos una semana, sin novedad alguna, por suerte. Partimos por fin una mañana después de almorzar. No llevábamos perros; dos estaban lastimados y los otros no trabajaban bien solos. Abandonamos la picada maestra tres horas antes de llegar al barrero. De allí un pique de descubierta nos aproximó legua y media; y la última etapa –hecha a machete de una a cuatro de la tarde más caliente de enero– acabó con mi amor al calor. El barrero consistía en una laguna virtual del tamaño de un patio, entre un mar de barro. Acampamos allí, en el pajonal de la orilla, para dominar el monte, a cien metros nuestro. El crepúsculo pasó sin llevarnos un animal,

no obstante parece habitual la rastrillada de tapires que subían al monte. Por sobriedad –o esperanzas de carne fresca, si se quiere– no llevábamos sino unas cuantas galletas que comí solo; Cubilla no tenía ganas. Nos acostamos. Mi compañero se durmió en seguida, la respiración bastante agitada. Por mi parte estaba un poco desvelado. Miraba el cielo, que ya al anochecer había empezado a cargarse. Hacia el este, en la bruma ahumada que entonces subía apenas sobre el horizonte, tres o cuatro relámpagos habían cruzado en zig-zag. Ahora la mitad del cielo estaba cubierta. El calor pesaba más aún en el silencio tormentoso. Por fin me dormí. Presumo que sería la una cuando me despertó la voz de Cubilla:

—¡El aguará guazú, patrón! –se había incorporado y me miraba de hito en hito. Salté sobre la escopeta:

—¡Dónde? –volvió cautelosamente la cabeza, mirando a todos lados, y repitió conteniendo la voz:

—¡El aguará!

Su cara encendida me hizo sospechar y le tomé el pulso: volaba de fiebre. La fatiga y humedad de ese día habían precipitado el acceso que él justamente preveía. Para mayor

trastorno, estos se iniciaban en él sin chuchos y en franco delirio. Se durmió de nuevo felizmente. Tendido de espaldas, observé otra vez el tiempo. Aunque aún no había relámpagos, el cielo cargado tenía de rato en rato sordas conmociones fosforescentes. No nos esperaba buena noche. Volvime sin embargo a dormir, pero me despertó un grito de terror:

—¡Patrón, el aguará!

Abrí los ojos y vi a Cubilla que corría hacia el monte con el machete en la mano. Salté tras él y logré sujetarlo. Temblaba, empapado en sudor. Volvió de mala gana, mirando atrás a cada momento; barbotaba sordas injurias en guaraní. Y en el fogón sentose en el suelo, abrazándose las rodillas y el mentón sobre ellas. Observaba fijamente el fuego, luciente de fiebre. A ratos lanzaba una carcajada, tornando en seguida a su mutismo. Así llegaron las dos de la mañana. De pronto Cubilla removió las manos por el suelo y fijó en mí sus ojos, más excavados aún de miedo:

—¡El aguará se va a tomar toda el agua!...

No me quitaba la vista, en un pavor profundo. Le di de beber, le hablé, en vano. Pero a mí mismo comenzaba a

desazonarme el aguará y el desamparo de esa noche, ¡en qué compañía! La tormenta arreciaba. El tronar lejano del monte anunciaba el viento que pronto estaría sobre nosotros. El cielo relampagueante se abría y cerraba a cada momento, enceguciendo. En una fulguración, más sostenida que las anteriores, el monte se recortó largamente sobre el cielo lívido. Cubilla, que desde hacía rato no apartaba de él la vista, incorporose a medias y se volvió a mí, desencajado de espanto:

—¡El aguará va a venir, patrón!...

—No es nada —le respondí, mirando a pesar mío a todos lados.

—¡Ahí está! ¡Se va a tomar toda el agua! —gritó, levantándose y volviéndose a todos lados con impulsos de fuga. Y en ese instante, entre dos ráfagas de viento, oímos claro y distinto el aullido de un aguará. ¡Qué escalofrío me recorrió! No era para mí el aullido de un aguará cualquiera, sino de “ese” aguará extraordinario que Cubilla estaba olfateando desde las doce de la noche. Este, al oír al animal, se llevó la mano crispada a la garganta, paralizado de terror. Quedó así

largo rato escuchando aún, y al fin bajó lentamente la mano, y se sentó serio y tranquilo. Echose a reír en seguida, despacio:

—El aguará... no hay remedio... nos va a quitar el agua... no hay remedio... —me miraba irónicamente por entre las cejas—. ¡El aguará!... ¡el aguará!...

El animal aulló otra vez, pero ya sobre nosotros, desde la punta del monte. Al fuego de otro relámpago se destacó en la greda su silueta inmóvil y cargada de hombros. Avancé cincuenta metros, temblando de miedo y ansia de acabar de una vez. Apunté en su dirección, y en el primer relámpago sostenido rectificué rápidamente e hice fuego. Cuando pude ver de nuevo, el páramo de greda estaba desierto; no había sentido ni un grito. Al volver, Cubilla no parecía haberse inquietado. Proseguía balanceándose y riendo suavemente: “No es nada; va a volver... se toma el agua... vuelve siempre...”. Así siguió hasta el alba, y así continué, crispado por su profecía delirante y resignada, con la escopeta en las manos, mirando a todos lados, completamente perdido en el monte. Tal vez si mi hombre hubiera dicho que el aguará nos comería, o cosa así, no habría visto en ello más que una lógica

sobreexcitación de cazador enfermo. Pero lo que me conturbaba era ese detalle de brutal realidad, ya fantástico por su excesiva verosimilitud: “a pesar de todo”, el animal vendría a tomarse “nuestra” agua. No vino, por suerte. Al abrir el día Cubilla se tendió en un sopor profundo, el pelo pegado a la frente amarilla y la boca abierta. Despertose a las ocho, sin fiebre; no supo cómo disculparse de haberme hecho perder la cacería. Evité hablarle de su delirio y volvimos. Esa misma tarde, debiendo Cubilla tornar a su hacha, dejé la Carrera y regresé al Obraje, después de quince días de ausencia. Con esa eran ya dos las noches de caza que pasaba de tal modo. No volví más al Yabebiry, y hace un mes, supe al llegar aquí que Cubilla había muerto de chucho.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires, año X, n.º 447,

abril 27, 1907, en página y media. Con dos dibujos de Zavattaro.





Los chanchos salvajes

Éramos cuatro cazadores: don Silverio, Venturinha, Israel y yo. A decir verdad, solo los tres primeros lo eran profesionales, todo lo profesional que puede ser un propietario de media hectárea de mandioca y tabaco, o peón, según las vicisitudes. Yo los acompañaba, nada más, y si mi amor al bosque es fuerte, mi urbanización suele depararme sorpresas encantadoras. De esta especie fue la que me acaeció cierto 14 de enero.

Días anteriores Israel había traído de un pastoreo en la sierra la nueva de una vaquillona comida por un tigre. En un bosque como el de Misiones, donde abunda la caza para fieras, tal apetito civilizado suponía en el merodeador un espíritu poco recto, y sí bien torcido hacia las artimañas de tigre más o menos cebado. Deber nuestro era pues enseñarle la vía derecha con la mira de una escopeta.

Preparámonos. Primero, dar siquiera un pedazo de carne a los perros, pues para un animal que debe correr todo el

día tras una fiera no es excesiva la ración bisemanal de cuatro o cinco mandiocas. Así es su flacura espantosa. Los perros vanse de noche al monte a cazar por su cuenta, y de tarde a robar choclos en las chacras; pero aún así, como no siempre lo consiguen, viven mal, arrastrando con paso huraño su anca angostísima punteada de huesos.

Este sombrío paso desaparece, no obstante, apenas ve el animal aprontes de cacería; y una vez lanzado en pleno monte, el can miserable se transforma en un ser de ágil energía que concentra sus poderosos nervios en la aguda tensión del rastro.

Sin estar mal en este respecto, no era escogida nuestra provisión. Don Silverio tenía dos: Desempeño y Cortaviento, terribles animales tras un tapir y maravillosos de docilidad en la trailla. Venturinha llevaba un perro bayo muerto a medias de hambre y reumático. Con el ardor de la caza corría bien; mas esta dicha costábale luego cuatro días de renguera hasta el hocico en tierra. En conjunto, tres perros, a los cuales se agregaron dos que aportó a la sociedad un negro aserrador que hallamos en el paraje.

Necesitábamos también un carguero, pues la expedición, pudiendo durar días, exigía algo más que cartuchos con balines. Hubimos de Israel una yegua suya, y así el 13 de enero de 1907 emprendimos la marcha los cuatro hombres, los cinco caballos y los tres perros.

Mas llegados al Cazador –cuatro leguas adentro– desistimos de seguir adelante. Tres días corridos eran plazo sobrado largo para la estancia de un tigre, ser eminentemente vagabundo. En el Cazador había tapires, tatetos, osos hormigueros y tigres. De este modo todo era posible, y en especial no hallar un solo animal.

Acampamos con una noche de ahogado calor. Ahora bien, sabido es que no hay broma más eficaz en Misiones que permitir dormir afuera a un modesto amigo que acaba de llegar y que, calcinado por el sol de la tarde, se tiende en un estricto catre, suspirando de beatitud en la frescura de las nueve. Como esa frescura va progresando para mayor dicha de los cautos, y el amigo ha rehuido toda sábana, a la una de la mañana se despierta aterido de frío; y si los farsantes hanle cerrado todo

medio de intromisión en el hogar, el mísero presto clama sinceramente piedad.

Nosotros llevábamos ponchos; pero aun así desperteme de pronto bastante incómodo de frío. Miré el reloj: eran las doce apenas. Luego a la madrugada, debía ser interesante. En efecto, el frío habitual llegó y pasó anormalmente hasta tal punto que sintiendo ruido alcé la cabeza y vi a don Silverio en cuclillas, avivando el fuego.

—¿Frío, don Silverio? —le insinué.

—Hum... —gruñó. Tras él levanteme yo y luego los otros. Pronto la llama nos encendió el rostro, pero ni aun así cedimos un paso. Hasta que amaneció nos mantuvimos adorándolo, poncho a la espalda. Cuando Israel fue a buscar los caballos, volvió con las manos moradas, quejándose. No creo que esa noche el termómetro haya pasado de 89.

En estas circunstancias agregósenos el negro con sus dos perros, hombre él a quien haya visto comer los tres más cenitales conos de arroz que quepan en un plato. En pos del primero, y a mi distraído ofrecimiento de un segundo, el negro

aceptó. “Para sus perros”, pensé tranquilo. Él se lo comió solo e ídem el tercero, según su modo integral.

Entretanto el sol salía y nos internamos en el monte. Antes, pocos meses atrás, había habido por allí un pique para caballo; pero las heridas del bosque cicatrizan en el espacio de dos lluvias, y necesitábase para reconocerlo el instinto de los de allá. La marcha no era así nada fácil. Entre otras cosas, había troncos que los caballos debían saltar con mínimas facilidades para ello; y como encanto particular, las lianas macheteadas y tendidas en resorte por el cuerpo del que nos precede y que al volver violentamente en sí suelen cruzar la cara. Y así lo demás.

Por fin desembocamos en un abra, plazoleta de pasto seco, más amarillo aún por el negro cajón del monte. Dejamos los caballos a sogas e internámonos a pie, en terreno de caza, por fin.

Estábamos en pleno tacuapí, variedad de bambú delgadísimo que se teje y ovilla sobre sí mismo en densos bloques. Alrededor del cuerpo el bosque húmedo y sombrío se cerraba, aislando del todo a aquel. Arriba, únicamente, muy

arriba, se presumía el cielo por un poco más de claridad. En estas condiciones la marcha tórnase peregrina, pues aun avanzando en fila no se ven los unos a los otros, ya que un metro de tacuapí es un muro. Además, ante tales espesuras es muchas veces más obvio dejar de lado machete y dar un salto de vientre sobre el bloque, rodando hasta caer del otro lado, o arrastrarse, también de vientre, sobre el suelo. Allí hay indudablemente víboras; mas nunca se las encuentra.

Los perros, atraillados siempre, pugnaban de vez en cuando por detenerse, el hocico aspirante pegado a tierra. Observábase el rastro, para lo cual don Silverio debía a menudo apartar suavemente con el cuchillo las hojas que lo ocultaban. Coatí o venado o zorro, no convenía soltar los perros.

Íbamos en fila: Ramón, Venturinha e Israel abriéndose paso a machete; luego don Silverio con los cinco perros, y yo detrás, preservando los gatillos de la escopeta, pues en la densa maraña nada más fácil que un sipó, deslizándose sobre los cañones, armé y desarmé los gatillos, con el resultado consiguiente.

Al cabo de una hora, y cuando el consejo de cazadores se disponía a soltar los perros para que se lanzaran al monte a buscar, estos tendieron rígida la trailla; no era posible arrancarles el hocico del suelo. No había duda: el rastro era caliente, y en un segundo los cazadores estuvieron en cuclillas.

—Parece jabalí —observó Venturinha.

—Creo —asintió don Silverio, después de hondo examen. La caravana decidióse con ellos, pues si Venturinha es maestro en asuntos de orientación, don Silverio lo es en conocimientos de rastreo.

Soltáronse, pues, los perros. Uno detrás de otro se hundieron en el monte por la misma línea, y dos minutos después un ladrido claro, un verdadero toque de alerta y esperanza, llegó del este. Venturinha nos miró con orgullo.

—Es mi Bayo...

Antes de que tuviéramos que congratularnos, sonó el ronco ladrido de Desempeño, luego el agudo de la perra del negro, y en seguida el latido de la jauría entera lanzada en pleno rastro.

Los chanchos salvajes o jabalíes, según los llaman allá gozan, como sus sobrinos los pecaríes, del placer de la especie. Raro es hallar uno solo; en este caso el animal es un ser huraño que, habiendo llegado a hallar irritante la presencia de sus hermanos, no admite de ningún modo la del hombre. Preciso es, desde luego, ser muy cauto en su persecución. La piara, más discreta, huye mientras le es posible.

En tanto que los perros corrían, habíamos quedado quietos. Nuestra misión consistía en escuchar atentamente su latido hasta que su exasperación furiosa nos probara que el animal, forzado, hacía frente a los perros. Mas como una fiera de monte —y en especial el tateto— es capaz de correr ocho horas seguidas, alejándose en proporción, menester es a veces seguir tras los perros para no perder sus voces. Esto fue lo que debimos hacer ese día. No ocho horas, pero sí seis, los jabalíes —el rastro de uno apartado nos había llevado a una piara— nos arrastraron en su fuga. A veces, huyendo siempre, volvían en diagonal hacia nosotros, y entonces debíamos machetear el monte, llegando tarde siempre, pero aún a tiempo para aullarles ánimo a los perros.

Fácil es comprender la fatiga de tales cruzadas. Si cuando se adelanta sin mayor premura el machete facilita mucho el avance, cuando se corre apenas trabaja aquel. Los pies, los brazos, la frente lo hacen todo, quebrando lianas y piel.

Así seis horas. Eran ya las cuatro; y en un instante en que nos habíamos detenido, jadeando de pie, sin esperanzas y decididos casi a no correr más, los perros nos enviaron el grito final de triunfo. Ya no era latido, sino un aullar precipitado, hasta un solo hilo de voz.

—¡Ya pararon! —gritó Venturinha. Y sin decir nada corrimos. No había más machete; Venturinha e Israel iban lanzados forzando el monte, enredándose, cayendo, disparando, rompiendo de paso a dos manos las lianas del cuello. Pude ver así el sombrero de Israel que quedaba para siempre colgado de una rama. Venturinha y don Silverio llevaban vinchas. En cuanto a mí, la escopeta me molestaba bastante, y sobre todo la violenta disnea de esa carrera.

Nos acercábamos. A los ladridos agregábanse ahora agudos gritos de miedo y dolor; los jabalíes hacían lo posible abriendo el

vientre de nuestros aliados. Un momento después nos detuvo el próximo castañeteo de los colmillos.

—Oiga —me dijo apresurado don Silverio—. Son muchos, más de cuatro docenas. Tenga cuidado; trate de acercarse teniendo siempre un árbol al lado. Con un metro que trepe está en salvo.

—Fíjese —en esto ayudó Venturinha—. Si cuando lo ven levantan y bajan la cabeza una sola vez, avance sin miedo; pero si la suben tres veces, arrímese en seguida a un árbol.

Dicho lo cual me dejaron todos para formar la línea. Me hallé solo. El silencio hostil del bosque silencio únicamente para nuestros oídos, y esto es lo que desazona —me sobrecogió—. Miré a todos lados: mi compañero contiguo podría o no estar a veinte metros, pero en una espesura de tacuapí tal distancia equivale a mil leguas. Mas la fiebre de la caza es mucho más fuerte que todo esto y avancé. Los perros atacaban aún, aunque con visible miedo. Sentía claro sus saltos aullantes ante las acometidas de los jabalíes. Di diez pasos más y de pronto los vi. Habíanse detenido en un claro de bosque, donde, habiendo aserrado alguna vez, quedaban aún raigones hachados. Eran

más de cincuenta, jadeantes, erizados y el blanco de los ojos perfectamente visible. Miraban a todos lados, pues me habían sentido. Avancé aún, desemboqué en el claro y me vieron. Tuve instantáneamente la piara entera vuelta a mí, con esa fijeza en la mirada que nace de todos los músculos prontos a ser lanzados como una flecha.

Yo conocía a los tatetos, pero no había cazado aún jabalíes. Recordé las precauciones a tomar, y aunque con bastante incredulidad respecto a los cabeceos, eché una rápida ojeada a los árboles vecinos. Como estaba aún a treinta metros y no quería perder tiro —y sobre todo herir únicamente— acerqueme quince más, y entonces vi al viejo macho levantar la cabeza y bajarla a ras de hojarasca. Pero los dedos me hormigueaban demasiado en los gatillos para esperar nuevas flexiones; apunté al macho e hice fuego.

Como un rayo, sentí tras el humo el pisoteo precipitado de la piara que arrancaba sobre mí. No tenía tiempo de nada; tiré la escopeta y salté sobre un raigón aserrado a 1.10 metros del suelo. Púseme de pie con toda la rapidez que pude; los chanchos se estrellaron contra aquel, y en diez segundos

redujeron la corteza a tiras colgantes. Las cabezas más irritadas llegaban con los colmillos hasta el borde de mi meseta, mas no alcanzaban.

Miré a todos lados; no veía más que ojos inyectados en sangre y colmillos castañeteantes. Estaba completamente rodeado. Sentí una detonación.

—¡Venturinha! —grité.

—Aquí, ¡no se mueva!

—¿Y los otros?

—Por ahí: nos vamos acercando; espere.

Esperé, mientras las detonaciones se sucedían. Pero los chanchos no querían sino al que les había herido al viejo macho. Presto las pistolas callaron, como ya lo habían hecho los dos perros semivivientes. Torné a mirar alrededor. Fuera de mi posición peligrosísima, el crepúsculo, un sombrío crepúsculo de claro de bosque, comenzaba a caer. Los ojillos inyectados continuaban fijos en mí. Y lo que antes no me había impresionado, lo sentía bien ahora en el silencio: el castañeteo de los colmillos. El que produce un ta-te-to es ya considerable: supóngase ahora el de cincuenta jabalíes. El claro resonaba con ese

formidable irritamiento de rabia. Los chanchos más cercanos a mí se sentaron. Y pasé entonces media hora de miedo, de ese miedo inerte que imbuye el aislamiento humano en un medio absolutamente superior a él. Yo sabía que los jabalíes esperan días y días hasta que sacian su venganza.

—¡Venturinha! —se me salió de la boca en voz no suficientemente alta. No me oyó.

Pero las cosas cambiaban. El macho herido había logrado restañar su sangre y ponerse de pie. Sacudíase sin cesar, gruñendo. Fuera desgano de combate o meditación pacífica sobre mi inexpugnabilidad complicada con mi escopeta, el hecho es que los colmillos cesaron poco a poco de chirriar. Los sitiadores fuéronse levantando, giraron largo rato a mi alrededor con sordos gruñidos hasta que por fin se alejaron al paso, hociqueando aquí y allí, mientras me miraban de reojo.

Diez minutos después nos reincorporábamos. Me senté en un tronco, sin ganas de hablar. Al fin, don Silverio me dirigió la palabra sin mirarme, como si se dirigiera a un árbol cualquiera:

—Dan miedo los jabalíes.

Respondile que evidentemente sí.

—Y ahora que pienso —arguyó Venturinha—, quisiera saber quién es el que aserró en pie este grafiapuña, y a esta altura. Sin esta chambonada, los jabalíes hubieran alcanzado a bajar con los colmillos y repartirse lo que estaba arriba.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires n.º 539, enero 30, 1909.

Recogido en *Cuentos*, tomo IV de las *Obras inéditas y desconocidas*, 1968, pp. 104-110.



De caza

Una vez tuve en mi vida mucho más miedo que las otras. Hasta Juancito lo sintió, transparente a pesar de su inexpresión de indio. Ninguno dijo nada esa noche, pero tampoco ninguno dejó un momento de fumar. Cazábamos desde esa mañana en el Palometa, Juancito, un peón y yo. El monte, sin duda, había sido batido con poca anterioridad, pues la caza faltaba y los machetazos abundaban; apenas si de ocho a diez nos destrozamos las piernas en el caraguatá tras de un coatí. A las once llegaron los perros. Descansaron un rato y se internaron de nuevo. Como no podíamos hacer nada, nos quedamos sentados. Pasaron tres horas. Entonces, a las dos, más o menos, nos llegó el grito de alerta de un perro. Dejamos de hablar, prestando oído. Siguió otro grito y, en seguida, los ladridos de rastro caliente. Me volví a



Juancito, interrogándolo con los ojos. Sacudió la cabeza sin mirarme.

La corrida parecía acercarse, pero oblicuando a oeste. Cesaron un rato; y ya habíamos perdido toda esperanza cuando, de pronto, los sentimos cerca, creciendo en dirección nuestra. Nos levantamos de golpe, tendiéndonos en guerrilla, parapetados tras de un árbol, precaución más que necesaria, tratándose de una posible y terrible piara, todo en uno. Los ladridos eran, momento a momento, más claros. Fuera lo que fuera, el animal venía derecho a estrellarse contra nosotros.

He cazado algunas veces; sin embargo, el Winchester me temblaba en las manos con ese ataque precipitado en línea recta, sin poder ver más allá de diez metros. Por otra parte, jamás he observado un horizonte cerrado de malezas con más fijeza y angustia que en esa ocasión.

La corrida estaba ya encima nuestro, cuando de pronto el ladrido cesó bruscamente, como cortado de golpe por la mitad. Los veinte segundos subsiguientes fueron fuertes; pero el animal no apareció y el perro no ladró más. Nos

miramos asombrados. Tal vez hubiera perdido el rastro; mas, por lo menos, debía estar ya al lado nuestro, con las llamadas de Juancito.

Al rato sonó otro ladrido, esta vez a nuestra izquierda.

—No es Black —murmuré mirándolo sorprendido. Y el ladrido se cortó de golpe, exactamente como el anterior.

La cosa era un poco fuerte ya y, de golpe, nos estremecimos todos a la misma idea. Esa madrugada, de viaje, Juancito nos había enterado de los tigres siniestros del Palometa (era la primera vez que yo cazaba con él).

Apenas uno de ellos siente los perros, se agazapa sigilosamente tras un tronco, en su propio rastro o el de un anta, gama o augará, si le es posible.

Al pasar el perro corriendo, de una manotada le quita de golpe vida y ladrido. En seguida va al otro y así con todos. De modo que, al anochecer, el cazador se encuentra sin perros en un monte de tigres sicólogos. Lo demás es cuestión de tiempo.

Lo que había pasado con nuestros perros era demasiado parecido a aquello para que no se nos apretara un poco la

garganta. Juancito los llamó, con uno de esos aullidos largos de los cazadores de monte. Escuchamos atentos. Al sur esta vez, pero lejos, un perro respondió. Ladró de nuevo al rato, aproximándose visiblemente. Nuestra conciencia angustiada estaba ahora toda entera en ese ladrido para que no se cortara. Y otra vez el grito tronchado de golpe. ¡Tres perros muertos! Nos quedaba aún otro, pero a ese no lo vimos nunca más.

Ya eran las cuatro, el monte comenzaba a oscurecerse. Emprendimos el mudo regreso a nuestro campamento, una toldería abandonada, sobre el estero del Palometa. Anselmo, que fue a dar agua a los caballos, nos dijo que en la orilla, a veinte metros de nosotros, había una cierva muerta.

Nos acostamos alrededor de la fogata, precaución que afirmaban la noche fresca y los cuatro perros muertos. Juancito quedó de guardia.

A las dos me desperté. La noche estaba oscura y nublada. El monte altísimo al lado nuestro reforzaba la oscuridad con su masa negra. Me incorporé en un codo y miré a todos lados. Anselmo dormía. Juancito continuaba sentado al lado del fuego, alimentándolo despacio. Miré otra vez el monte

rumoroso y me dormí. A la media hora me desperté de golpe; había sentido un rugido lejano, sordo y prolongado. Me senté en la cama y miré a Anselmo; estaba despierto, mirándome a su vez. Me volví a Juancito.

—¿Toro? —le pregunté, en una duda tan legítima como atormentadora.

—Tigre.

Nos levantamos y nos sentamos al lado del fuego. Los mugidos se reanudaron. ¿Qué íbamos a hacer? Desde ese instante, no dejamos un momento de fumar —apretando el cigarrillo entre los dedos con sobrada fuerza—. Durante media hora, tal vez, los mugidos cesaron. Y empezaron de nuevo, mucho más cerca, a intervalos rítmicos. En la espera angustiada de cada grito del animal, el monte nos parecía desierto en un vasto silencio; no oíamos nada, con el corazón en suspenso, hasta que nos llegaba la pesadilla sonora de ese mugido obstinado rastreando a ras del suelo.

Tras una nueva suspensión, tan terrible como lo contrario, recomenzaron en dirección distinta, precipitados esta vez.

—Está sobre nuestro rastro —dijo Juancito. Bajamos la cabeza y no nos miramos hasta que fue de día. Durante una hora, los mugidos continuaron, a intervalos fijos, dolorosos, ahogados, sin que una vez se interrumpiera esa monotonía terrible de angustia errante. Parecía desorientado, no sé cómo, y aseguro que fue cruel esa noche que pasamos al lado del fuego sin hablar una palabra, envenenándonos con el cigarro, sin dejar de oír el mugido del tigre que nos había muerto todos los perros y estaba sobre nuestro rastro.

Una hora antes de amanecer, cesaron y no los oímos más. Cuando fue de día, nos levantamos; Juancito y Anselmo tenían la cara terrosa, cruzada de pequeñas arrugas. Yo debía estar lo mismo. Llevamos al riacho a los pobres caballos, en un continuo desasosiego toda la noche.

Vimos la cierva muerta, pero ahora despedazada y comida.

Durante la hora en que no lo oímos, el tigre se había acercado en silencio, por el rastro caliente; nos había observado sin cesar, contándonos uno a uno, a quince metros de nosotros. Esa indecisión —característica de todos modos en el tigre— nos salvó, pero comió la cierva. Cuando pensamos que

una hora seguida nos había acechado en silencio, nos sonreíamos, mirándonos; ya era de día, por lo menos.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires, año IX, n.º 391,

marzo 31, 1906. Con un dibujo de Redondo.





La serpiente de cascabel

La serpiente de cascabel es un animal bastante tonto y ciego. Ve apenas, y a muy corta distancia. Es pesada, somnolienta, sin iniciativa alguna para el ataque; de modo que nada más fácil que evitar sus mordeduras, a pesar del terrible veneno que la asiste. Los peones correntinos, que bien la conocen, suelen divertirse a su costa, hostigándola con el dedo que dirigen rápidamente a uno y otro lado de la cabeza. La serpiente se vuelve sin cesar hacia donde siente la acometida, rabiosa. Si el hombre no la mata, permanece varias horas erguida, atenta al menor ruido.

Su defensa es a veces bastante rara. Cierta día un boyero me dijo que en el hueco de un lapacho quemado –a media cuadra de casa– había una enorme. Fui a verla; dormía profundamente. Apoyé un palo en medio de su cuerpo, y la apreté todo lo que pude contra el fondo de su hueco. En seguida sacudió el cascabel, se irguió y tiró tres rápidos mordiscos al tronco –no a mi vara que la oprimía, sino a un

punto cualquiera del lapacho—. ¿Cómo no se dio cuenta de que su enemigo, a quien debía atacar, era el palo que la estaba rompiendo las vértebras? Tenía 1.45 metros. Aunque grande, no era excesiva; pero como esos animales son extraordinariamente gruesos, el boyerito, que la vio arrollada, tuvo una idea enorme de su tamaño.

Otra de las rarezas, en lo que se refiere a esta serpiente, es el ruido de su cascabel. A pesar de las zoologías y los naturalistas más o menos de oídas, el ruido aquel no se parece absolutamente al de un cascabel; es una vibración opaca y precipitada, muy igual a la que produce un despertador cuya campanilla se aprieta con la mano, o, mejor aún, a un escape de cuerda de reloj. Esto del escape de cuerda suscita uno de los porvenires más turbios que haya tenido, y fue origen de la muerte de uno de mis aguarás.

La cosa fue así: una tarde de setiembre, en el interior del Chaco, fui al arroyo a sacar algunas vistas fotográficas. Hacía mucho calor. El agua, tersa por la calma del atardecer, reflejaba inmóviles las palmeras. Llevaba en una mano la maquinaria, y

en la otra el Winchester, pues los yacarés comenzaban a revivir con la primavera. Mi compañero llevaba el machete.

El pajonal, quemado y maltrecho en la orilla, facilitaba mi campaña fotográfica. Me alejé buscando un punto de vista, lo hallé, y al afirmar el trípode sentí un ruido estridente, como el que producen en verano ciertas langostitas verdes. Miré alrededor: no hallé nada. El suelo estaba ya bastante oscuro. Como el ruido seguía, fijándome bien vi detrás de mí, a un metro, una tortuga enorme. Como me pareció raro el ruido que hacía, me incliné sobre ella: no era tortuga sino una serpiente de cascabel, a cuya cabeza levantada, pronta para morder, había acercado curiosamente la cara.

Era la primera vez que veía tal animal, y menos aún tenía idea de esa vibración seca, a no ser el bonito cascabeleo que nos cuentan las Historias Naturales. Di un salto atrás, y le atravesé el cuello de un balazo. Mi compañero, lejos, me preguntó a gritos qué era.

—¡Una víbora de cascabel! —le grité a mi vez. Y un poco brutalmente, seguí haciendo fuego sobre ella hasta deshacerle la cabeza.

Yo tenía entonces ideas muy positivas sobre la bravura y acometida de esa culebra; si a esto se añade la sacudida que acababa de tener, se comprenderá mi ensañamiento. Medía 1.60 metros, terminando en ocho cascabeles, es decir, ocho piezas. Este parece ser el número común, no obstante decirse que cada año el animal adquiere un nuevo disco.

Mi compañero llegó; gozaba de un fuerte espanto tropical. Atamos la serpiente al cajón del Winchester, y marchamos a casa. Ya era de noche. La tendimos en el suelo, y los peones, que vinieron a verla, me enteraron de lo siguiente: si uno mata una víbora de cascabel, la compañera lo sigue a uno hasta vengarse.

—Te sigue, che, patrón.

Los peones evitan por su parte esta dantesca persecución, no incurriendo casi nunca en el agravio de matar víboras.

Fui a lavarme las manos. Mi compañero entró en el rancho a dejar la máquina en un rincón, y en seguida oí su voz.

—¿Qué tiene el obturador?

—¿Qué cosa? —le respondí desde afuera.

—El obturador. Está dando vueltas el resorte.

Presté oído, y sentí, como una pesadilla, la misma vibración estridente y seca que acababa de oír en el arroyo.

—¡Cuidado! —le grité tirando el jabón—. ¡Es una víbora de cascabel!

Corrí, porque sabía de sobra que el animal cascabelea solamente cuando siente el enemigo al lado. Pero ya mi compañero había tirado máquina y todo, y salía de adentro con los ojos desorbitados.

En esa época el rancho no estaba concluido, y a guisa de pared habíamos recostado contra la cumbrera sur dos o tres chapas de zinc. Entre estas y el banco de carpintero debía estar el animal. Ya no se movía más. Di una patada en el zinc, y el cascabel sonó de nuevo. Por dentro era imposible atacarla, pues el banco nos cerraba el camino. Descolgué cautelosamente la escopeta del rincón oscuro, mi compañero encendió el farol de viento, y dimos vuelta al rancho. Hicimos saltar el puntal que sostenía las chapas, y estas cayeron hacia atrás. Instantáneamente, sobre el fondo oscuro, apareció la cabeza iluminada de la serpiente, en alto y mirándonos. Mi

compañero se colocó detrás mío, con el farol alzado para poder apuntar, e hice fuego.

El cartucho tenía nueve balines: le llevaron la cabeza.

Sabida es la fama del Chaco, en cuanto a víboras. Había llegado en invierno, sin hallar una. Y he aquí que el primer día de calor, en el intervalo de quince minutos, dos fatales serpientes de cascabel, y una de ellas dentro de casa...

Esa noche dormí mal, con el constante escape de cuerda en el oído.

Al día siguiente el calor continuó. De mañana, al saltar el alambrado de la chacra, tropecé con otra: vuelta a los tiros, esta vez de revólver.

A la siesta las gallinas gritaron y sentí los aullidos de un aguará. Salté afuera y encontré al pobre animalito tetanizado ya por dos profundas mordeduras, y una nube azulada en los ojos. Tenía apenas veinte días. A diez metros, sobre la greda resquebrajada, se arrastraba la cuarta serpiente en dieciocho horas. Pero esta vez usé un palo, arma más expresiva y obvia que la escopeta.

Durante dos meses y en pleno verano, no vi otra víbora más. Después sí; pero, para lenitivo de la intranquilidad pasada, no con la turbadora frecuencia del principio.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires, año IX, n.º 411, agosto 18, 1906. Con un dibujo de Zavattaro.





El agutí y el ciervo

El amor a la caza es tal vez la pasión que más liga al hombre moderno con su remoto pasado. En la infancia es, sobre todo, cuando se manifiesta más ciego este anhelo de acechar, perseguir y matar a los pájaros, crueldad que sorprende en criaturas de corazón de oro. Con los años, esta pasión se aduerme; pero basta a veces una ligera circunstancia para que ella resurja con violencia extraordinaria.

Yo sufrí una de estas crisis hace tres años, cuando hacía ya diez años que no cazaba.

Una madrugada de verano fui arrancado del estudio de mis plantas por el aullido de una jauría de perros de caza que atronaban el monte, muy cerca de casa. Mi tentación fue grande, pues yo sabía que los perros de monte no aúllan sino cuando han visto ya a la bestia que persiguen al rastro.

Durante largo rato, logré contenerme. Al fin no pude más y, machete en mano, me lancé tras el latir de la jauría.

En un instante estuve al lado de los perros, que trataban en vano de trepar a un árbol. Dicho árbol tenía un hueco que ascendía hasta las primeras ramas y, aquí dentro, se había refugiado un animal.

Durante una hora busqué en vano cómo alcanzar a la bestia, que gruñía con violencia. Al fin distinguí una grieta en el tronco, por donde vi una piel áspera y cerdosa.

Enloquecido por el ansia de la caza y el ladrar sostenido de los perros, que parecían animarme, hundí por dos veces el machete dentro del árbol.

Volví a casa profundamente disgustado de mí mismo. En el instante de matar a la bestia roncante, yo sabía que no se trataba de un jabalí ni cosa parecida. Era un agutí, el animal más inofensivo de toda la creación. Pero, como hemos dicho, yo estaba enloquecido por el ansia de la caza, como los cazadores.

Pasaron dos meses. En esa época nos regalaron un ciervito que apenas contaría siete días de edad. Mi hija, aún niña, lo criaba con mamadera. En breve tiempo, el ciervito aprendió a conocer las horas de su comida y surgía entonces del

fondo de los bambúes a lamer el borde del delantal de mi chica, mientras gemía con honda y penetrante dulzura. Era el mimado de casa y de todos nosotros. Nadie, en verdad, lo ha merecido como él.

Tiempo después regresamos a Buenos Aires y trajimos al ciervito con nosotros. Lo llamábamos Dick. Al llegar al chalet que tomamos en Vicente López, resbaló en el piso de mosaico, con tan poca suerte que horas después rengueaba aún.

Muy abatido, fue a echarse entre el macizo de cañas de la quinta, que debían recordarle vivamente sus selvosos bambúes de Misiones. Lo dejamos allí tranquilo, pues el tejido de alambre alrededor de la quinta garantía su permanencia en casa.

Ese atardecer llovió, como había llovido persistentemente los días anteriores y, cuando de noche regresé del centro, me dijeron en casa que el ciervito no estaba más.

La sirvienta contó que, al caer la noche, creyeron sentir chillidos afuera. Inquietos, mis chicos habían recorrido la quinta con la linterna eléctrica, sin hallar a Dick.

Nadie durmió en casa tranquilo esa noche. A la mañana siguiente, muy temprano, seguía en la quinta el rastro de las pisadas del ciervito, que me llevaron hasta el portón. Allí comprendí por dónde había escapado Dick, pues las puertas de hierro ajustaban mal en su parte inferior. Afuera, en la vereda de tierra, las huellas de sus uñas persistían durante un trecho, para perderse luego en el barro de la calle, trilladísimo por el paso de las vacas.

La mañana era muy fría y lloviznaba. Hallé al lechero de casa, quien no había visto a Dick. Fui hasta el almacén, con igual resultado. Miré, entonces, a todos lados en la mañana desierta: nadie a quien pedir informes de nuestro ciervito.

Buscando a la ventura, lo hallé, por fin, tendido contra el alambrado de un terreno baldío. Pero estaba muerto de dos balazos en la cabeza.

Es menester haber criado con extrema solicitud –hijo, animal o planta– para apreciar el dolor de ver concluir en el barro de un callejón de pueblo a una dulce criatura de monte, toda vida y esperanza. Había sido muerta de dos tiros en la cabeza. Y para hacer esto se necesita...

Bruscamente me acordé de la interminable serie de dulces seres a quienes yo había quitado la vida. Y recordé al agutí de tres meses atrás, tan inocente como nuestro ciervito. Recordé mis cacerías de muchacho; me vi retratado en el chico de la vecindad, que la noche anterior, a pesar de sus balidos, y ebrio de caza, le había apoyado por dos veces en la frente su pistola matagatos.

Ese chico, como yo a su edad, también tenía el corazón de oro...

¡Ah! ¡Es cosa fácil quitar cachorros a sus madres! ¡Nada cuesta cortar bruscamente su paz sin desconfianza, su tranquilo latir! Y cuando un chico animoso mata en la noche a un ciervito, duele el corazón horriblemente, porque el ciervito es nuestro...

Mientras lo retornaba en brazos a casa, aprecié por primera vez en toda su hondura lo que es apropiarse de una existencia. Y comprendí el valor de una vida ajena cuando lloré su pérdida en el corazón.

Publicado (primera versión) en *El Hogar*, Buenos Aires, año 22, n.º
884, agosto 4, 1926. Recogido en *Suelo natal*, septiembre 24, s/a.





El monstruo

Existe en el nordeste de la república un animal curiosísimo con aspecto de puerco espín y erizo a la vez, cubierto con larguísimas púas de sombría fama.

Dícese de él que, al ser atacado, lanza sus flechas contra su enemigo con la velocidad de una bala, y esto desde ocho a diez metros. Dichas púas, según la misma popular creencia, son venenosísimas y no se pueden arrancar más de la carne. A tal monstruo se le llama cuendú.

Es animal bastante raro, que apenas se encuentra una que otra vez en lo más sombrío del bosque.

Quiso la suerte un día que un poblador me trajera un cuendú recién cazado y que estaba furiosísimo, según él.

El animal venía dentro de una bolsa y la bolsa dentro de un cajón de querosene.

Con gran dificultad, sacamos al monstruo de su caja, pues, erizado como estaba a más no poder, resistíase, apoyando sus mil púas contra la tela, como otras tantas palancas.

Logramos al fin arrancarlo por su colaprensil y lo colocamos en una jaula, donde pude, por fin, observarlo a mi sabor.

Lo más admirable de aquel monstruo era la dulzura de sus grandes ojos saltones; dulzura de pobre ser inofensivo y tímido, como lo es en efecto el cuendú.

Cuando no se le asusta, mantiene adheridas al cuerpo sus larguísimas púas y parece entonces que llevara a la rastra una gran capa verdosa de hilos longitudinales.

Pero, a la menor alarma, levanta sobre el cuero sus cerdas rígidas, dejando al descubierto sobre el lomo una fina pelusa blanca. Pasada la inquietud, la capa cae lentamente y el cuendú reanuda su pasito un tanto cojo.

Yo no estaba seguro de mantener vivo a mi cuendú, pues estos seres huraños resístense a alimentarse en domesticidad.

No pasó así, por suerte, y al día siguiente de cazado le vi comer cáscaras de naranjas y roer maíz, sentado sobre las patas traseras, sosteniendo delicadamente con sus dos manos el grano de maíz, como un objeto precioso.

Llegó a conocerme en poco tiempo y se apoderaba de mi mano, dedo tras dedo, con temerosa lentitud, para concluir siempre por llevarse un dedo a la boca, por ver a qué sabía.

Como es un animal nocturno y la luz le ofende mucho, mi cuendú pasaba las horas de gran sol de espaldas a la luz, frente a la pared del fondo de la jaula con la cara entre las manos.

Permanecía en esa actitud de penitencia horas enteras sin moverse. Si nos acercábamos al tejido de alambre, él se aproximaba a su vez, por ver qué le llevábamos; pero, por poco que no tuviera apetito, tornaba silenciosamente a su rincón a hacer penitencia.

Muchas veces lo vi, asimismo, de madrugada, dormir sentado sobre las patas traseras en igual actitud, con las manos sobre los ojos. Para hacerle más llevadera su cautividad, lo instalé en una glorieta cubierta, en compañía de dos halcones y una urraca. Pero no pudo acostumbrarse ni a los saltos de la urraca ni a los chillidos de los halcones.

Cuando tuve que venirme, pensé que mi cuendú no dejaría de ser interesante en nuestro jardín zoológico, por su doble carácter de animal indígena y de monstruo de leyenda.

Trájelo conmigo y lo puse en manos de Onelli, entonces su director.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires, n.º 1368,
diciembre 20, 1924.





El tigre

Nunca vimos en los animales de casa orgullo mayor que el que sintió nuestra gata cuando le dimos a amamantar una tigrecita recién nacida.

La olfateó largos minutos por todas partes, hasta volverla de vientre; y, por más largo rato aún, la lamió, la alisó y la peinó sin parar mientes en el ronquido de la fiercilla, que, comparado con la queja maullante de los otros gatitos, semejaba un trueno.

Desde ese instante y durante los nueve días en que la gata amamantó a la fiera, no tuvo ojos más que para aquella espléndida y robusta hija llovida del cielo.

Todo el campo mamario pertenecía de hecho y derecho a la roncante princesa. A uno y otro lado de sus tensas patas, opuestas como vallas infranqueables, los gatitos legítimos aullaban de hambre.

La tigre abrió, por fin, los ojos y, desde ese momento, entró a nuestro cuidado. Pero, ¡qué cuidado!

Mamaderas entibiadas, dosificadas y vigiladas con atención extrema; imposibilidad para incorporarnos libremente, pues la tigrecilla estaba siempre entre nuestros pies.

Noches en vela, más tarde, para atender los dolores de vientre de nuestra pupila, que se revolcaba con atroces calambres y sacudía las patas con una violencia que parecía iba a romperlas. Y, al final, sus largos quejidos de extenuación, absolutamente humanos. Y los paños calientes; y aquellos minutos de mirada atónita y velada por el aplastamiento, durante los cuales no nos reconocía.

No es de extrañar, así, que la salvaje criatura sintiera por nosotros toda la predilección que un animal siente por lo único que desde nacer se vio a su lado.

Nos seguía por los caminos, entre los perros y un coatí, ocupando siempre el centro de la calle.

Caminaba con la cabeza baja, sin parecer ver a nadie, y menos todavía a los peones, estupefactos ante su presencia bien insólita en una carretera pública.

Y, mientras los perros y el coatí se revolvían por las profundas cunetas del camino, ella, la real fiera de dos meses,

seguía gravemente a tres metros detrás de nosotros, con su gran lazo celeste al cuello y sus ojos del mismo color.

Con los animales de presa se suscita, tarde o temprano, el problema de la alimentación con carne viva. Nuestro problema, retardado por una constante vigilancia, estalló un día, llevándose la vida de nuestra predilecta con él.

La joven tigre no comía sino carne cocida. Jamás había probado otra cosa. Aun más; desdeñaba la carne cruda, según lo verificamos una y otra vez. Nunca le notamos interés alguno por las ratas de campo que de noche cruzaban el patio y, menos aún, por las gallinas, rodeadas entonces de pollos.

Una gallina nuestra, gran preferida de la casa, criada al lado de las tazas de café con leche, sacó en esos días pollitos. Como madre, era aquella gallina única; no perdía jamás un pollo. La casa pues, estaba de parabienes.

Un mediodía de esos oímos en el patio los estertores de agonía de nuestra gallina, exactamente como si la estrangularan. Salté afuera y vi a nuestra tigre, erizada y espumando sangre por la boca, prendida con garras y dientes del cuello de la gallina.

Más nervioso de lo que yo hubiera querido estar, cogí a la fierecilla por el cuello y la arrojé rodando por el piso de arena del patio y sin intención de hacerle daño.

Pero no tuve suerte. En un costado del mismo patio, entre dos palmeras, había ese día una piedra. Jamás había estado allí. Era en casa un rígido dogma el que no hubiera nunca piedras en el patio. Girando sobre sí misma, nuestra tigre alcanzó hasta la piedra y golpeó contra ella la cabeza.

La fatalidad procede a veces así.

Dos horas después nuestra pupila moría. No fue esa tarde un día feliz para nosotros.

Cuatro años más tarde, hallé entre los bambués de casa, pero no en el suelo, sino a varios metros de altura, mi cuchillo de monte con que mis chicos habían cavado la fosa para la tigrecita y que ellos habían olvidado de recoger después del entierro.

Había quedado, sin duda, sujeto entre los gajos nacientes de algún pequeño bambú. Y, con su crecimiento de cuatro años, la caña había arrastrado mi cuchillo hasta allá.

Publicado en *Caras y caretas*, Buenos Aires, n.º 1382, marzo 28, 1925.



Cacería del hombre por las hormigas

Chiquitos:

Si yo no fuera su padre, les apostaría veinte centavos a que no adivinan de dónde les escribo. ¿Acostado de fiebre en la carpa? ¿Sobre la barriga de un tapir muerto? Nada de esto. Les escribo acurrucado sobre las cenizas de una gran fogata, muerto de frío... y desnudo como una criatura recién nacida.

¿Han visto cosa más tremenda, chiquitos? Tiritando también a mi lado y desnudo como yo, está un indio apuntándome con la linterna eléctrica como si fuera una escopeta, y a su círculo blanco yo les escribo en una hoja de mi libreta... esperando que las hormigas se hayan devorado toda la carpa.

¡Pero qué frío, chiquitos! Son las tres de la mañana. Hace varias horas que las hormigas están devorando todo lo que se mueve, pues esas hormigas, más terribles que una manada de elefantes dirigida por tigres, son hormigas



carnívoras, constantemente hambrientas, que devoran hasta al hueso de cuanto ser vivo encuentran.

A un presidente de Estados Unidos, llamado Roosevelt, esas hormigas le comieron, en el Brasil, las dos botas en una sola noche. Las botas no son seres vivos, claro está; pero están hechas de cuero, y el cuero es una sustancia animal.

Por igual motivo, las hormigas de esta noche se están comiendo la lona de la carpa en los sitios donde hay manchas de grasa. Y por querer comerme también a mí, me hallo ahora desnudo, muerto de frío y con pinchazos en todo el cuerpo.

La mordedura de estas hormigas es tan irritante de los nervios, que basta que una sola hormiga pique en el pie para sentir como alfilerazos en el cuello y entre el pelo. La picadura de muchísimas puede matar. Y si uno permanece quieto, lo devoran vivo.

Son pequeñas, de un negro brillante, y corren en columnas con gran velocidad. Viajan en ríos apretadísimos que ondulan como serpientes y que tienen a veces un metro de anchura. Casi siempre de noche es cuando salen a cazar.

Al invadir una casa, se desparraman por todas partes, como enloquecidas de hambre, buscando a la carrera un ser vivo que devorar. No hay hueco, agujero ni rendija, por angosta que sea, donde las hormigas carnívoras no se precipiten. Si hallan algún animal, en un instante se prenden de él con los dientes, mordiéndolo con terrible furia.

Yo he visto una langosta, chiquitos, deshacerse en un instante bajo sus dientes. En breves momentos todo el cuerpo de la langosta, como un juguete mecánico, yacía desparramado: patas, alas, cabeza, antenas, todo yacía desarticulado, pieza por pieza. Y con igual velocidad se llevaban cada articulación, y no por encima y a lo largo de lomo, como las hormigas comunes, sino por bajo el cuerpo, sujetando los pedazos con sus patas contra el abdomen. Y no por esto su carrera es menos veloz.

No hay animal que pueda enfrentar a las hormigas carnívoras. Los tapires y los tigres mismos huyen de sus guaridas apenas las sienten. Las serpientes, por inmensas que sean, huyen a escape de sus guaridas. Para saber lo que son

estas hormigas es preciso haberlas visto invadir un lugar en negros ríos de destrucción.

Ayer de mañana, chiquitos, llovió con fuerte viento sur, y el cielo, límpido y sereno al atardecer, nos anunció una noche de helada. Al caer el sol me paseaba yo por el campamento con grueso suéter y fumando, cuando una víbora se deslizó a prisa entre la carpa y yo.

—¡Víboras en invierno, y con este frío! —me pregunté sorprendido—. Debe de pasar algo raro para que esto suceda.

Miraba aún el blanco pastizal quemado por la escarcha en que se había hundido la víbora, cuando un ratón de campo pasó a escape entre mis pies.

Y en seguida otro, y después otro más.

Hacia la carpa avanzaba a ras de las patas, brincando y volando de brizna a brizna, una nube de langostitas, cascarudos, vinchucas de monte, arañas; todos los insectos, chiquitos míos, que habían resistido al invierno, huían como presa de pánico.

¿Qué podía ser esto? Yo lo ignoraba entonces.

No amenazaba tormenta alguna. El bosque se iba ocultando en la sombra en serena paz.

Me acosté, sin acordarme más del incidente, cuando me despertó un chillido de hurón que llegaba del monte. Un instante después sentí el ladrido agudo y corto del aguará-guazú. Y un rato después el bramido de un tigre. El indio, hecho un ovillo, de espaldas al fuego, roncaba con grande y tranquila fuerza.

—Con seguridad no pasa nada en el monte —dije al fin—. Si no, el indio se hubiera despertado. E iba a dormirme de nuevo, cuando oí, fuera de la carpa, el repiqueteo de una serpiente de cascabel.

¿Se acuerdan ustedes, chiquitos míos, de la aventura que tuve con una de ellas? El que ha oído una sola vez en el monte el ruido del cascabel, no lo olvida por el resto de sus días.

¿Pero qué les pasaba a los animales esa noche, que se agitaban hasta el punto de exponerse algunos, como las víboras, a morir de frío bajo la helada?

Me eché fuera de las mantas, y cogí la linterna eléctrica. En ese mismo instante sentí como cien mil alfilerazos que se

hundían en mi cuerpo. Lancé un grito que despertó al indio, y llevándome la mano a la cara, barrí de ella una nube de hormigas adheridas que me picaban con furor.

Todo: cuerpo, mantas, ropa, todo estaba invadido por las hormigas carnívoras. Saltando sin cesar, me arranqué las ropas mientras el indio me decía:

—¡Corrección, corrección! (Es el nombre que dan por allá a esas hormigas). ¡Las hormigas que matan! Indio no sale de fuego, porque hormigas lo comen enterito.

—¡Ojalá te coman siquiera la nariz! —grité yo enojado y corriendo afuera, donde fui a caer de un brinco sobre un palo encendido, que saltó por el aire con un reguero de chispas. Entretanto, todo el piso alrededor de la hoguera estaba lleno de hormigas que corrían de un lado para otro buscando qué devorar. La carpa estaba también toda invadida de hormigas, y el país entero, quién sabe hasta dónde.

Desde la mañana, seguramente, el ejército de hormigas había iniciado el avance hacia nosotros, devorando y poniendo en fuga ante ellas a las víboras, los insectos, y las fieras mismas que se desbandaban ante las hordas hambrientas.

Hasta la madrugada posiblemente estaríamos sitiados, y luego las hormigas llevarían a otra parte su devastación. Pero entretanto son apenas las tres de la mañana y el fuego acaba de consumirse. Imposible sacar un pie fuera del círculo de cenizas calientes: nos devoran. Acurrucado en el centro de lo que fue la hoguera, desnudo como un niño, y tiritando de frío, espero el día escribiéndoles, chiquitos, a la luz de la linterna eléctrica, mientras dentro de la carpa las hormigas carnívoras están devorando mis últimas provisiones.

Publicado con el título: "El hombre ante los animales salvajes. Cacería del hombre por las hormigas", en *Billiken*, Buenos Aires, marzo 10, 1924. Acompañado con un dibujo de Marchisio.

Índice

Nota editorial	8
Cacería del yacaré	11
El lobisón	23
En el Yabebiry	31
Los chanchos salvajes	39
De caza	55
La serpiente de cascabel	63
El agutí y el ciervo	71
El monstruo	79
El tigre	85
Cacería del hombre por las hormigas	91



EDICIÓN DIGITAL
NOVIEMBRE DE 2017
CARACAS · VENEZUELA

La serpiente de cascabel y otros relatos

Una serpiente que sigue sin tregua a quien acabó con su compañera, unos chanchos salvajes que parecen siempre infatigables mientras cercan a su persecutor, un tigre insomne que se vuelve eco en la selva para perturbar al acosador. En estos relatos el humano y el animal son cazadores y cazados, ambos luchan en un monte húmedo y pantanoso que los vuelve reflejos de lo mismo: la necesidad de supervivencia. Aquí incluso el humano se va metamorfoseando en lo otro, animal persecutor-perseguido, visaje de bestia, otredad a veces nociva y otras inofensiva. En estos cuentos de Quiroga el humano no será solo el trampero, la naturaleza sabrá tornar en engaños cada camino, y de él, una encrucijada segura hacia lo mortal.

Horacio Quiroga (Uruguay, 1878 – Argentina, 1937)

Maestro del cuento latinoamericano. Quiroga recogió la vida de la selva, la fauna y flora de este sur en sus relatos. Contribuyó con diversas revistas literarias a través de sus cuentos, artículos sobre literatura y crítica cinematográfica. La selva fue el contexto a través del cual abordó tópicos como la soledad, la lucha del hombre por la supervivencia, la superioridad de la naturaleza y la muerte. Sus personajes, marcados por un destino trágico, reflejan la fragilidad del hombre ante una cotidianidad en apariencia pacífica pero fatal. También la vida de Quiroga estuvo signada por la desgracia, realidad figurada que trascendió hasta los espacios de sus relatos.

David Dávila (Táriba, Venezuela, 1976)

Ilustrador, fotógrafo, músico y poeta. Miembro fundador de la editorial tachirensis Nadie Nos Edita Editores, baterista de la banda de rock político Los Residuos, colabora con instituciones como Fundarte y laboró con el equipo de la Fundación Editorial El perro y la rana.